

¿QUÉ FUE DEL “THRILLER” LEGAL?

En los años 1990 nadie le tosía a John Grisham y los bufetes de abogados olían a azufre en “best sellers” tan populares que la gente tenía en los juzgados su primera residencia imaginaria. Tras una travesía por el desierto, el “thriller” legal ha visto cómo en los últimos tiempos han surgido nuevas tentativas de reflotarlo, aunque no todas con el certificado de garantía. El peso de la ley cae en este artículo sobre las más destacadas. **texto ANTONIO LOZANO**



Se comenta que, durante la década de los 1990, no era infrecuente que acusados o testigos que accedían por primera vez a alguna sala de los juzgados repartidos por la geografía española mostraran su extrañeza al comprobar que no se les pedía que posaran su manos sobre una Biblia y juraran decir toda la verdad, o que censuraran a su letrado el que, ante un comentario que iba en contra de sus intereses, no se levantaran y proclamaran a voz en cuello eso de “¡Protesto, Señoría!”. Eran los tiempos en que la gente seguía con fervor las andanzas dramáticas del bufete McKenzie, Brackman, Chaney y Kizak de la serie televisiva *La ley de Los Ángeles*, se tronchaba con los dislates del magistrado Harold T. “Harry” Stone de *Juzgado de guardia* y, cercano ya el cambio de siglo, veía cómo en los despachos se perfilaba un nuevo icono femenino a través de la pizpireta, soñadora y payasa Ally McBeal. El realismo de una producción autóctona del decenio anterior, *Turno de oficio* de Antonio Merce-ro, quedaba relegado en beneficio del tradicional espectáculo de las emociones de factura americana. Pero si hubo un profeta que difundió como nadie la idea de que calarse una toga era lo más parecido a ceñirse una capa de superhéroe, si hubo un máximo responsable a la hora de adaptar la figura de Perry Mason a la avariciosa era de los *yuppies* y las multinacionales, ese fue John Grisham. Bombeando sus muchas horas de vuelo como abogado penalista y civil en Misisipi en efectivas tramas de suspense, el escritor se convirtió en el monarca absoluto del *best seller* en la última década del siglo XX. Si Stephen King había conseguido que el terror sobrenatural fuera el elixir del éxito entre mediados de los 1970 y finales de los 1980, Grisham barajó un miedo mucho más terrenal para hacerse con el trono; el miedo a que la apisonadora judicial, cómplice del poder capitalista, aplastara al individuo.

Si el Kafka de *El proceso* había puesto el acento en el absurdo trágico, el autor de *La tapadera* lo colocaba en la asociación conspirativa. Del existencialismo al negocio.

El *thriller* legal pareció agotar definitivamente la fórmula con la llegada del siglo XXI, pero uno de sus tiros de gracia lo descerrajó la realidad, capaz de servir un caso que superaba la verosimilitud de cualquier trama de ficción: la exoneración del exdeportista y actor O.J. Simpson del presunto asesinato de su esposa y el amante de esta. Al modo de una prueba de última hora que desacreditara los argumentos con los que el género había seducido a millones de lectores, el bautizado como “Juicio del Siglo” demostró que aquel necesitaba un descanso para meditar y reformularse tras haber sido vapuleado en la vida tangible.

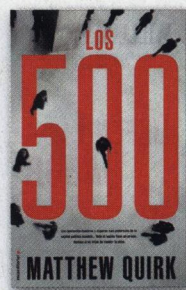
El salvador era el veterano

Pese a su estrella decreciente, John Grisham ha continuado facturando hasta hoy novelas con picapleitos, seguramente porque su intento por cambiar de tercio hacia lo autobiográfico y lo deportivo —*Una Navidad diferente* y *El profesional* (ambas ahora en Debolsillo)...— ha sido recibido con aún menos simpatías (en noviembre, por cierto, Plaza & Janés publicará su última novela de picapleitos, *Los litigantes*). Tampoco la televisión ha enviado a la cola del paro las intrigas judiciales —*Boston Legal*, *Shark*, *Daños y perjuicios*...—, aunque han sufrido ese proceso de pérdida de favoritismo entre los espectadores que ya atravesaron las series con policías. ¿Sobre qué hombros recayó, entonces, la responsabilidad de devolverle el esplendor literario a la novela de abogados en el milenio entrante? Curiosamente sobre los de un viejo conocido, Scott Turow, otro letrado que probó fortuna cruzando a la orilla fantasiosa de su oficio y que alcanzó en 1987 una de las cimas del género gracias a *Presunto inocente*, donde el fiscal Rusty Sabich —Harrison Ford en la adaptación cinematográfica de

Alan J. Pakula— se sentaba en el banquillo por la violación y asesinato de su amante y compañera de trabajo Carolyn Polhemus. Veinte años después, su magnífica secuela, *Inocente*, mostraba lo que aguardaba al final de esa travesía por el desierto. La novela reconectaba el género con el presente sin caer en el exceso y la autoparodia de su reinención televisiva en manos de series como *Daños y perjuicios* o en el puro alarde científico de las franquicias *CSI*. En su esencia suponía el regreso por la puerta grande de la figura del abogado

Con “Inocente”, Turow devolvió esplendor a la novela de abogados.

como *showman*. Turow lo resumía con estas palabras: “Un juicio es a veces una representación teatral en la que la atmósfera de todo el patio de butacas se llena con corrientes de emoción y en la que cada intervención resuena en tiempo presente desde cien ángulos distintos”. El escritor convocaba las señas de antaño sin olvidarse de atender las nuevas demandas —toque tecnológico, tramas más complejas y aceleradas, cinismo sostenido...—, apostando principalmente por una mezcla de juego de astucia y *western* crepuscular con morbosos desvíos, como una detalladísima explicación sobre la mejor forma de envenenar a una persona por medio de productos lácteos y pastillas antidepresivas sin dejar el mínimo rastro. Que el autor lo canalizara todo a través del mismo personaje de los 1980 lanzaba un mensaje de que tradición y modernidad podían combinarse de cara a ventilar la especialidad. Su prosa de marcada elegancia permitía, además, soñar con devolverla a las listas de más vendidos con una inaudita pátina literaria. Fuera del ámbito literario, el propio Turow conciliaba aparentes contrarios como pertenecer a un exclusivo bufete



Los 500
Matthew Quirk
Roca
320 págs. 19 €.

te de Chicago y tocar en la banda Rock Bottom Remainers. Pues bien, ¿qué hizo el *thriller* judicial con el horizonte de posibilidades que Turow le señaló?

El estado de la cuestión

A grandes rasgos, pueden identificarse tres caminos principales que ha tomado el género:

1. Ejercer de procurador de la novela negra

En vez de expandir o reformular su discurso a partir de incorporar los nuevos desafíos históricos, sean estos jurídicos, sociales, culturales, políticos, tecnológicos..., la novela de abogados ha pasado en gran medida a servir a los intereses de la novela negra. Mantiene sólo el apelativo desde un punto de vista técnico, ya que en realidad enmascara ficciones policíacas casi puras. El juzgado pasa a ser un apéndice y el letrado es antes un investigador sin placa que un experto en el Código Penal. Así ocurre, por ejemplo, con el ciclo que Michael Connelly dedica a Mickey Haller, del que en España se han traducido los títulos *El inocente* (Zeta Bolsillo) y *El veredicto* (Roca Bolsillo). El personaje surgió de la confluencia azarosa de dos personas en la vida del escritor: un antiguo compañero de habitación en la universidad, al que se reencontró ejerciendo de abogado y sobrado de anécdotas sobre su oficio, con el cual compartió muchos juicios en los tribunales de Florida, y un desconocido junto al que se sentó en un partido de béisbol de los Dodgers. "Resultó que este último utilizaba como oficina el asiento trasero de su coche, un Lincoln con chófer, argumentando que al haber cuarenta juzgados repartidos por la inmensidad de Los Ángeles esa era la mejor manera de sacarle partido a su tiempo. Me encantó la imagen de forma que, de alguna manera, puse a mi amigo de juventud dentro de ese coche", ha señalado Connelly, quien como periodista especializado en crímenes ya tuvo su buena ración de vistas públicas.

En la práctica, la serie dedicada al abogado defensor Haller no de-

ja de ser un negativo de la protagonista por su célebre Detective de Homicidios Harry Bosch, quien no sólo descubrimos pronto que se trata de su hermanastro sino que le presta asistencia en algunos casos. Uno y otro se habrán formado en diferentes escuelas profesionales, pero la tipología de sus asuntos, el procedimiento a la hora de resolverlos y los escenarios angelinos no difieren de forma significativa, por lo que nos halla-

con los que el protagonista se va jugando la vida y acumulando tundas, al modo de un sabueso clásico, antes que en la construcción de un caso laberíntico que exige un desgaste intelectual y una escenificación teatral delante del señor juez. El alto coste de la factura que la miseria moral que circunda a Guerrerri pasa sobre su ya de por sí depresivo ánimo, así como la búsqueda de un amplio espectro de emociones a

Con "Los 500", Matthew Quirk recoge el legado de Grisham y le añade adrenalina y paranoia.

mos frente a un desdoblamiento más que frente a una reorientación. Connelly ha declarado que ambos personajes comparten un código similar, que se resumiría en tomar las decisiones acertadas de cara a hacer lo correcto en una zona de grises minada de dudas y pasos en falso, pero sitúa la coma en el hecho de que Heller está obligado a "creer en el cimiento del sistema de justicia, según el cual todo el mundo tiene derecho a una defensa por atroz que sea el crimen que presuntamente ha perpetrado".

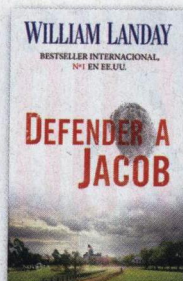
Leyéndolo uno quizás no recibe una interpretación tan cínica del sistema legal como si frecuenta a Sue Grafton, según la cual aquél no tiene nada que ver con la justicia, pero sin duda capta su asociación con una gigantesca trituradora al servicio de los capacitados para engrasarla, ponerla en marcha y hacer que opere en su beneficio.

Girando la vista a Europa y desde un punto de vista conceptual, la serie que el antiguo juez antimafia Gianrico Carofiglio dedica al abogado aficionado a boxear Guido Guerrerri discurre por una longitud de onda similar. De nuevo es una ficción policíaca antes que un *thriller* legal. El argumento se justifica en la sucesión de pasos

través de personajes variopintos, sí que lo distingue de sus referentes americanos, tal y como se puede comprobar en los relatos *No existe la sabiduría* (La Esfera de los Libros).

2. Meterse a político con esteroides

La sabiduría dicta que el *thriller* judicial es un negocio rentable, por lo que no todos sus practicantes lo han disfrazado de negro. También han surgido nuevos nombres que han buscado inspiración en sus fuentes originales, aunque con la suficiente habilidad para adaptarlo a la realidad actual y las necesidades de un público que, al oír la palabra "tapadera", sólo piensa en menaje de cocina. Y, a la espera de que le llegue el turno a los bancos, ¿dónde están los malos malísimos sino en la política internacional? Igual que los promotores del cine 3-D han buscado engrandecer la experiencia del espectador a base de acumular pluses (más acción, más impacto, más giros, más volumen...), un segmento de jóvenes aterrizados en el *best seller* han recogido las enseñanzas de la novela de abogados pero inyectándole esteroides y trasladándola a los despachos de Washington. La carrocera la pondrá John Grisham, pero el motor se ha tuneado a



Defender a Jacob
William Landay
La Esfera de los Libros
544 págs. 21,90 €.

fondo con componentes políticos que rezuman adrenalina, giros y paranoia

El alumno aventajado del invento es Matthew Quirk, ex reportero de *The Atlantic* especializado en artículos sobre crímenes, terrorismo, mafias y otros temas para sortear tu cuello. Traducida a veinte idiomas y vendidos los derechos a la 20th Century Fox, su debut *Los 500* (Roca) parte de la lucha de David contra Goliath que definía al autor de *El informe pelícano* para meter en la batidora referentes como las películas *Michael Clayton* y *Los idus de marzo*, la serie televisiva *Rubicon*, y las leyendas que circulan en torno a cualquier círculo de poder en la sombra, llámese masonería, hermandades universitarias o Club Bilderberg. Las alimañas de la función son camuflados grupos de presión que, dirigidos por peces gordos reciclados —expresidentes de la Cámara de Representantes, exsecretarios de Estado, exconsejeros de Seguridad nacional...—, concentran una influencia omnívora a través de los canales extraoficiales de la capital estadounidense. En este caso se trata del Grupo Davies, una empresa opaca que oficialmente se dedica a asuntos gubernamentales y consultoría estratégica. En ella recalca un licenciado en Derecho por Harvard huyendo de un pasado doloroso y de onerosas deudas. Una vez dentro, lo han adivinado, el dinero a espuestas pronto da paso a una telaraña de asuntos turbios y superiores mefistofélicos que amenazarán con merendárselo.

El competente Quirk aprieta el acelerador desde el primer momento, retuerce el hilo hasta extremos de simpático delirio y va soltando consejos lapidarios para los que quieran sobrevivir a los círculos infernales que se expanden desde el Capitolio ("Todo el mundo tiene un precio, incluso si se trata de vender tu alma." / "Puedes atrapar a cualquiera si das con el resorte preciso." / "Disfraza el chantaje como una forma de protección."). El autor

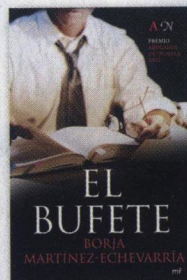
asegura que la mitad del libro salió de charlar con excompañeros de estudios que trabajaron para la CIA, el Pentágono y Dick Cheney, entre otros, así como con corresponsales de guerra durante timbas de póker y aprovechando la *happy hour*. Y, puesto que Kissinger Associates, la empresa dirigida por el Rasputín de la política exterior americana y que cuenta entre sus clientes con Coca-Cola, Lehman Brothers y JPMorgan, fue su modelo de referencia, bien hará el lector en no tomar por ciencia ficción política algunos de los pasajes más rocambolescos.

3. Ir, por fin, de purista

Entre el intrusismo del género negro y de la intriga política, habrá quien a estas alturas haya concluido que el *thriller* judicial de nuevo cuño y con certificado de garantía es tan fácil de ver como un hipogrifo. Para desmentirlo está la publicación de *Defender a Jacob* (La Esfera de los Libros) de William Landy quien, desde su currículum (licenciado en Derecho por Yale y la Boston College Law School) ha seguido el protocolo de los mandarines Grisham y Turow, consistente en frecuentar la cocina antes que la sacristía. La novela, que lo ha encaramado a las listas estadounidenses y que se traducirá a idiomas como el tailandés o el coreano, presenta también una genuina criatura del ámbito judicial, un ayudante del fiscal del distrito que investiga el asesinato de un adolescente. A las pri-

meras de cambio, el protagonista se ve convertido en un padre coraje cuando su hijo pasa a ser el principal sospechoso. El lector agradece recuperar los interrogatorios despiadados, los falsos testimonios, las caras de estupefacción de los miembros del jurado, las pruebas "mágicas"... de aroma noventero en un mundo en el que por fin ya existe Facebook.

El que además de todo esto busque referentes próximos tiene a mano las obras ganadoras del Premio Abogados de Novela que convocan MR Ediciones, el Consejo general de la Abogacía Española y la Mutualidad de la Abogacía. La primera edición la ganó Carmen Gurruchaga con *La prueba* —corrupción y malos tratos—; la segunda, Juan Bolea por *La melancolía de los hombres pájaro* —empresarios podridos y enigmas arqueológicos— y la tercera, Borja Martínez-Echevarría con *El bufete* —intrigas financieras y letrados podridos—. Allí donde los representantes españoles no llegan en términos de calidad estilística y complejidad dramática, lo compensan con un acercamiento vigilante y honesto a los rincones más infectados de nuestro tejido político, empresarial y financiero, ese pudriero de tramas sin fin. ■



El bufete
Borja Martínez-Echevarría
Martínez Roca
320 págs. 19,50 €.

